

Ricardo Corazón de León, que acababa de suceder á su padre Enrique II, cumplió el voto hecho por este príncipe de emprender una Cruzada. Reunió su ejército al de Felipe Augusto, y los príncipes fueron por mar á Sicilia, donde pasaron el invierno. Pero habiendo estallado algunas discusiones entre ellos, Felipe Augusto partió el primero y llegó después de un feliz trayecto al campamento de los cristianos, delante de Acón. Ricardo Corazón de León, asaltado por una violenta tempestad, se vió obligado á detenerse en los puertos de la isla de Chipre, de la que se apoderó después de haber destronado al soberano griego Isaac. Llegó al fin á la Palestina, y tomaron á Acón por asalto. Sin embargo, Ricardo, que se había abrogado el derecho de arreglar la diferencia entre Guido de Lusitania y Conrado de Monferrato, declinándole en favor del primero de estos príncipes, descontentó por esto al rey de Francia, quien abandonó la Palestina con la mayor parte de su ejército. El rey de Inglaterra tomó entonces el mando del ejército cristiano, y marchó contra Saladino. Pero á pesar de su heroica valentía, que llenaba de admiración á sus mismos enemigos, y á pesar de haber alcanzado varias victorias sobre ellos, no pudo tomar á Jerusalén á causa de las traiciones que tuvieron lugar en su propio ejército, y por las muchas disensiones que había entre los cristianos de la Palestina. Se embarcó, al fin, para Europa, después de cumplir un armisticio con Saladino, obteniendo la promesa de que no había de poner traba á las peregrinaciones de cristianos á Jerusalén.

El denuedo de Ricardo llegó á adquirir tanta celebridad, que mucho tiempo después de la muerte de este príncipe, cuando un caballo saltaba sin causa, los sarracenos decían que habían visto la sombra de Ricardo.

Poco tiempo después de la toma de Tolemaida por Felipe Augusto y Ricardo, tuvo lugar la muerte de Saladino; quien presintiendo su cercano fin, desengañado de las grandezas humanas, dispuso que la sábana en que se había de envolver su cadáver, fuese llevada por toda la población en la punta de una lanza, y que un heraldo gritase en alta voz: «Saladino, vencedor del Asia, sólo conserva esta mortaja, de todas las riquezas que conquistó». Palabras que sin más cambio que el de los nombres sirven como de epitafio, aunque no se hagan constar, á todos los dominadores de la tierra; á todos estos potentados de un día, que no la hacen temblar un momento, y que no devoran de paso sus habitantes y tesoros, sino para ser ellos mismos devorados, un instante después, solos con una miserable mortaja.

La muerte de Saladino fué seguida de grandes guerras, habidas entre sus hijos y hermanos.

Ricardo, obligado por una tempestad á desembarcar sobre las costas del mar Adriático, cayó en manos del duque Leopoldo de Austria, á quien había ofendido cuando la toma de Acón, y le sujetó en una estrecha prisión. Su encierro dió margen á aventuras que la historia ha rechazado, pero que los trovadores conservan en sus baladas.

Los cruzados rindieron un inmenso servicio al emperador griego, librándole de los ataques de sus más terribles enemigos. Los seljucidas se veían, en efecto, obligados sin cesar á defenderse de los ejércitos de los cruzados, por lo que no pudieron pensar en extender su dominación: todos sus esfuerzos se dirigían contra el reino de Jerusalén. Pero los emperadores de Constantinopla, en vez de aprovecharse de estas circunstancias y de unirse á los príncipes cristianos del Occidente contra los turcos, estorbaron más de una vez las expediciones emprendidas por estos príncipes, prestándoles sus hostiles intenciones después que por sus propios ataques contra la principalidad de Antioquía contribuyeron á la decadencia del reino de Jerusalén.

Alejo I, que tan poca benevolencia había mostrado á los primeros cruzados, trató de someter á su autoridad los príncipes cristianos de Antioquía; pero no lo consiguió, y fué por otra parte vencido en varias batallas por los sultanes de Iconio, que se aprovecharon de las guerras que se hacían los cristianos para comenzar sus nuevos ataques contra el imperio griego.

Juan fué más afortunado que su padre Alejo: venció los turcos y obligó al príncipe Raimundo de Antioquía á que se reconociera su autoridad.

Murió en una expedición que emprendió con el fin de reunir definitivamente á su imperio las dos principalidades cristianas de Antioquía y de Edesa. Manuel I prosiguió sus proyectos; pero en tanto que combatía á los sultanes de Iconio, Nuredino, príncipe de Alep, hizo la conquista de Edesa y amenazó á la vez al imperio griego y el reino de Jerusalén. En vez de asociarse al emperador Conrado III y al rey Luis VII, Manuel contribuyó con sus intrigas á hacer desgraciada la segunda cruzada. Las victorias de Nuredino le obligaron al fin á concluir una alianza con el rey de Jerusalén Boduino III; pero al mezclarse con la república poderosa de Venecia, que tenía el monopolio del comercio en Constantinopla, preparó la caída de su trono. Grandes turbaciones estallaron á su muerte, que duraron hasta el advenimiento de Isaac II, por sobrenombre el Angel. Este príncipe no tenía la energía

necesaria para restablecer la tranquilidad interior, y por defender el imperio contra los turcos de Iconio, llevaron á los griegos sus últimas provincias en el Asia Menor. A pesar de estos reveses, trató de poner trabas á la cruzada emprendida por el emperador Federico I. Su hermano, Alejo III, le destronó, le puso en prisión y mandó que le sacaran los ojos. Este hecho fué una de las causas que contribuyeron á la caída de la dinastía griega en Constantinopla y á la fundación de un imperio latino en esta ciudad.

La guerra que acaba de estallar entre los hijos y hermanos de Saladino, ofreció á los cristianos ocasión favorable para reconquistar el reino de Jerusalén. El emperador Enrique VI, envió, á petición del papa Celestino III, un numeroso ejército al Oriente; pero su muerte repentina fué causa de que este ejército volviera casi inmediatamente á Europa. Inocencio III hizo entonces predicar una nueva cruzada general. Fulques, sacerdote de Neuilly, como en otro tiempo Pedro de Amiens, recorrió la Francia, la Bélgica y la Italia, y consiguió que tomaran la cruz un gran número de señores. Los cruzados se dispusieron á marchar á la Palestina, embarcados en navíos que debía suministrar la república de Venecia. Pero la muerte del conde Teobaldo, de la Campaña, uno de los jefes de la expedición, les puso en la imposibilidad de respetar el compromiso á que se habían obligado con los venecianos. Estos se aprovecharon de esta conjuntura para tomar de nuevo, con ayuda de sus socios, la ciudad de Zahra, en la Dalmacia, prometiéndoles que les transportarían gratuitamente á la Palestina. A pesar del interés del príncipe griego Alejo, hijo del emperador destronado Isaac II, y del deseo que tenían los venecianos, determinaron los cruzados hacerse á la vela para Constantinopla. Llegados delante de esta ciudad requirieron al usurpador Alejo III restableciera á su hermano Isaac sobre el trono, y por negarse á ello atacaron la plaza. Alejo huyó é Isaac ocupó el poder, que dividió con su hijo Alejo IV. Sin embargo, estalló una revolución contra estos príncipes cuando quisieron realizar la unión de la Iglesia griega con la Iglesia católica. Ambos murieron, y no habiéndoles podido salvar los cruzados, tomaron por asalto la ciudad de Constantinopla. Proclamaron emperador á uno de los jefes de la expedición, al conde de Flandes y de Hainaut. Este nuevo imperio recibió el nombre de imperio latino. Pero la mayor parte de las provincias rehusaron reconocer la autoridad del nuevo emperador, y dieron origen á dos imperios griegos, uno en Nicea y otro en Trebisonda. Los emperadores latinos de Constantinopla, tan rodeados de enemigos, tuvieron que combatir sin cesar contra ellos, y terminaron por sucumbir en la lucha.

Los venecianos fueron los únicos que se aprovecharon de esta conquista, porque ella les aseguró el monopolio del comercio sobre el Mediterráneo, y la pequeña república de Venecia se elevó entonces al rango de las primeras potencias de Occidente.

En tanto que luchaban cristianos y musulmanes en las comarcas occidentales de Asia, el interior de esta parte del mundo sufría un cambio completo.

Después de la toma de Jerusalén por Saladino y resultado desgraciado de la tercera Cruzada, las posesiones de los cristianos en la Palestina se hallaban reducidas á las costas marítimas. Todo el resto del país obedecía á Malec-Adel, hermano, que sometió á su autoridad el Egipto y la Siria, después de haber obligado á sus hermanos y á sus sobrinos á que reconocieran su soberanía. La cuarta Cruzada y la fundación del imperio latino en Constantinopla fueron de funestas consecuencias para los cristianos de la Palestina; porque después y desde entonces un gran número de cruzados prestaban servicios en los ejércitos de los emperadores de Constantinopla, en vez de irse á la Tierra Santa, verdadero fin de los cruzados. Los ejércitos que allí llegaron de tarde en tarde, no pudieron libertar á Jerusalén de manos de los turcos, especialmente por las divisiones que continuamente había entre los mismos cristianos. Las circunstancias eran, sin embargo, favorables á éstos; porque los hijos de Malec-Adel se habían dividido sus estados á su muerte, y se hacían continua guerra. El emperador Federico II, acompañado de poca gente, y excomulgado como estaba por Gregorio IX, llegó entonces á la Palestina: los turcos concluyeron con él un tratado y le cedieron la ciudad de Jerusalén, con la condición de no levantar fortificaciones. Diez años después de su marcha cayó Jerusalén nuevamente en poder de los musulmanes: la entregaron, sin embargo, otra vez á Ricardo de Cornualles, hermano del rey de Inglaterra, Enrique III, que arribó á la Palestina al frente de un numeroso ejército. Pero los turcos cosesaresmianos, á quienes habían expulsado los mongoles de su patria, redujeron la Palestina á un verdadero desierto, y destruyeron á Jerusalén después de haber destrozado las fuerzas reunidas de los cristianos y musulmanes en la sangrienta batalla de Gaza. Los cristianos estaban ya á punto de perder sus posesiones de la Palestina cuando San Luis resolvió llevarles socorros.

En 1248 embarcóse en aguas muertas este santo rey, acompañado de casi todos los caballeros franceses; mas el cielo dispone que su presencia en el Oriente no sirva más que para acreditar á los infieles, que un rey cristiano es aun más grande en las enfermedades y en las ca-